

La arqueología conquense vive sus momentos más dulces

En unas semanas Ercávica asegurará la continuidad de sus excavaciones

Con la inauguración del Parque Arqueológico de Segóbriga a la vista e, incluso, con plazo inmediato, las ciudades romanas de las tierras conquenses se han puesto en pie. Y no sólo ella, sino los gestores a su cuidado. Posiblemente, lo mejor de todo es que han entrado al trapo, definitivamente, de su revelación total y ninguna quiere quedar atrás.

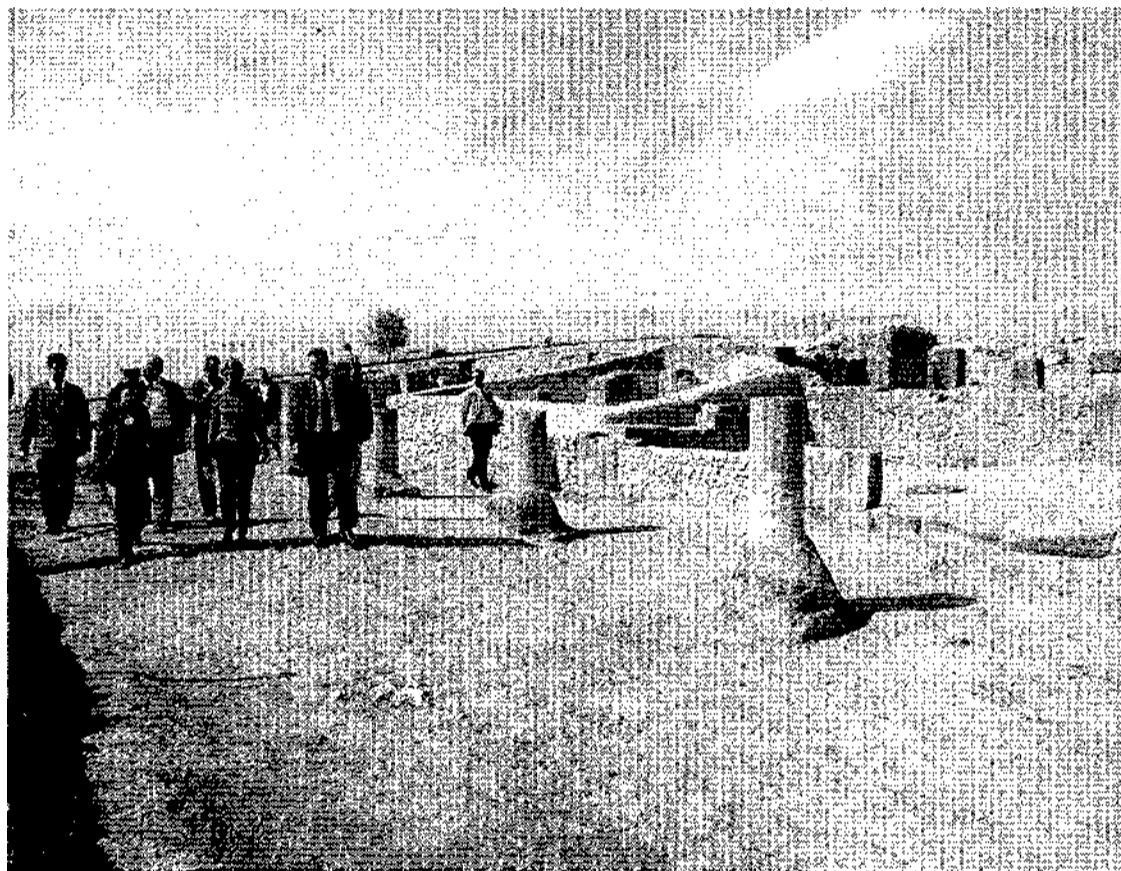
Los titulares de los periódicos llevan estos días a primera plana exultantemente que en Valeria han finalizado los trabajos de la última campaña —restauración y consolidación del conjunto, nuevo mirados en el paraje 'Rincón de Valeria', drenaje en la zona del Nimpheo, y embellecimiento en la entrada del recinto— así como que en Ercávica, a quien se llama un tanto precipitadamente la "joya desconocida", acaban de fortalecerse las estructuras en el foro, realmente monumental con la basílica, el senado, y la casa del médico, entre otras edificaciones y restos de la muralla...

Quede por lo tanto claro que no hay desconocimiento. Únicamente la acostumbrada lentitud en las campañas de excavaciones. Hay olvido o cierto menosprecio de las fuentes clásicas y escritas, tal y como postula Gonzalbes Cravioto en su libro *Caput Celtiberias*, que retardan algunas de las acciones o las ignoran simplemente.

El autor del impresionante estudio cree que apenas se ha escrito sobre historia antigua de la zona de Cuenca, aun reconociendo que lo poco que se ha hecho es de primer orden: las investigaciones de los Almagro sobre Segóbriga, de Osuna en Ercávica; de Ángel Fuentes en Valeria; de Santiago Palomero en las vías romanas de la provincia de Cuenca; y de Abascal sobre numismática y sobre Segóbriga. Existe, sin embargo, un desfase entre los hallazgos de las excavaciones y su integración dentro de la secuencia histórica que sería aquello necesitado de *aggiornamento*.

El cuentode la lechera

Da la impresión en ocasiones que en la arqueología conquense —increíble, si no fuera cierta, la riqueza palpable de estaciones puntuales— se repite el cuento de la lechera en el sentido de que hacen proyectos antes de haber ordeñado la vaca, es decir, sin los materiales objeto de promoción y sin los análisis previos para el trabajo de campo. Una lectura más atenta de los documentos literarios y de las fuentes del pasado es siempre imprescindible. Pero en el caso de Cuenca es condición fundamental para no dar



Las autoridades visitaron en octubre el yacimiento de Ercávica.

palos de ciego, ya que no faltan intuiciones, rastros, alusiones, citas y datos no del todo estériles a la hora de programar las actividades.

Naturalmente, son los arqueólogos quienes deben planificar los trabajos y los rescates, establecer sus prioridades y evitar errores. Algo nos dice, no obstante, que en algunos momentos, se han escapado perlas o joyas entre las granzas. Nunca viene mal dejar un plus de espontaneidad y de azar en las cosas. La prueba es

que algunos de los hallazgos míticos conquenses fueron fruto de la casualidad —el ídolo de Chillarón, el tesoro de Salvacañete, el brazo del auriga en Valeria, etcétera—, enriqueciendo las calcatas oficiales con oportunidad manifiesta.

La reina sin nombre

Hay que seguir leyendo —e investigando— textos sobre los que se ha pasado por encima. Una novel *ade Hetzenbusch*, titulada *La reina sin nombre* contenía cla-

ves sobre la localización de Segóbriga que nunca debieron ignorarse; el Monasterio Servitano hace ya algunos años fue localizado en Ercávica, con estudio en Hispania Sacra; y sobre Cantrebia —la gran asignatura pendiente de la arqueología local— existen intuiciones que pueden llevar —del puerto de Contretas a los fosos de Bayona, etcétera— a su ubicación definitiva. Por muy "secuestrada" que sintamos la historia —y aun por muchos ascos que hagamos a la leyenda—,

los datos no se cambia de lugar. Y, ni mucho menos, cuando las crónicas árabes y cristianas, hablando del periodo medieval —desde Zaida al Cid; desde el bastión almohade del castillo de A-qla-ka al alcázar musulmán de Cuenca, etcétera— son tan agradecidas y conspicuas que nos gratifican en su consulta de modo inmediato.

Por supuesto que en la arqueología —y en nuestra tierra es un hecho palpable y verificable— viene en auxilio de la escasez de bibliografía que en nuestro caso es dramático, quizá porque los "grandes bocados" se los llevan, como señala Gonzalbes Cravioto, las sonas mediterráneas, dejando a Cuenca con unas ilusiones al Júcar o a las montes Idúbeda. Tanto más a favor de investigaciones pertinentes en un territorio provincial sembrado de "opidum" ibéricos, de cecas minerales ken, de necrópolis celtibéricas, de cerámicas de la Edad de Hierro, etcétera, separando la mano del arqueólogo. Y, por supuesto, la acción de la Administración pública.

Sin muchos recursos

No es Cuenca una ciudad y una provincia con demasiados recursos para explotar en un desarrollo espectacular. Y nadie va a pensar que la industria lítica o el hallazgo de un muñeca romana se postulan como *deus ex machina* de sus necesidades.

Mas resulta imposible olvidar que todo un Schulten —y no lo señalamos sólo por ser el recopilador de las *Fontes Hispanas Antiquae*— hizo de nuestra meseta su particular y apasionada querencia. Hoy es inútil aplazar por más tiempo la urgencia de convertir nuestras ciudades romanas, por ejemplo, en estaciones de estudio obligado, toda vez que el turismo que se nos viene encima necesita motivos de seducción y de atracción incontables.

En este aspecto, Cuenca, estimulada por los últimos grandes resultados —el Parque Arqueológico de Segóbriga es el signo—, ha despertado. Las principales instituciones garantizan la continuidad de nuestros yacimientos arqueológicos y, por lo que toca a la "desconocida" Ercávica, la visita del rector de la Universidad de Castilla-La Mancha, Luis Arroyo, acompañado de la viceconsejera de Cultura significa que esta tutela y apoyo a las excavaciones tienen un objetivo esencial: devolver la vida cultural a las ciudades romanas. A Ercávica, entre ellas.

Florencio MARTÍNEZ RUIZ

Espacio Torner en algún lugar, pero de Cuenca

Siempre hemos cumplido, por tratarse de un feo pecado de impiedad, el mandamiento *ab libitum* de no usar el nombre de Dios en vano. Actitud que traducimos por extensión, sin más, a aquellas personas o instituciones cuyas dotes y prendas intelectuales o artísticas les ponen a salvo del campañismo trivial y manoseado. Digo tal cosa porque, en las últimas semanas, el nombre de Gustavo Torner ha sido traído y llevado haciéndole jugar innecesariamente el papel de don Tancredo en la plaza informativa, a vueltas con el llamado "espacio Torner" o con la excusa de un legado que debe cumplir escrupulosamente sus fases fundacionales. Ni quitamos ni ponemos rey, quizá porque no actuamos como Duguesclin —¡ay esa memoria, querido Cuéllar, a la hora de citar!— pero sí podemos atestiguar que en la entrega de la Gran Cruz de Isabel la Católica en el palacio de la Moncloa —en un acto de homenaje a un conquense, pocas veces igualado por su solemnidad— quedó zanjado hasta la evidencia que Cuenca tendría un lugar para acoger la obra del pintor, independientemente de que Ibercaja y el Museo Reina Sofía sobrasen la pieza más sabrosa. Allí vimos a un puñado de conquenses e incluso saludamos al deán de la catedral, que suponemos no estaba en la Moncloa porque "pasaba por allí". Poco después, las fuerzas políticas de manera tan fervorosa como sensata, decidieron apoyar el proyecto. Proyecto que acaso requiera tiempo y no está alejado de dificultades. Pero que, en absoluto, puede detenerse ni enturbiarse con reticencias ni picajosidades. Somos los primeros que modulamos la información *ad hoc* del secretario de Estado de Educación y Cultura, hablando del "espacio Torner" y así lo llevamos al título en una de nuestras crónicas. Aquí o allá, ese "espacio" existe. Que San Pablo o San Julián lo quíen y lo amporen.